

esencia en el cáliz de las flores, y el ténue vapor en el seno del agua, y la etérea luz en el misterioso planeta. Ahora bien, ¿era posible que el espíritu de los paganos que habían llegado á ser neófitos del Cristianismo, no se exaltase contra su antigua religion hasta el punto de abrazar una idea radicalmente enemiga del Cristianismo? No era posible. Su ardor, su pasion, les debia llevar una idea opuesta, pero absolutamente opuesta al paganismo. Esta idea es como la base de muchas escuelas gnósticas, unánimes en creer que la naturaleza era el mal absoluto, que la materia era la imágen del demonio, que el mundo no habia sido obra de Dios sino obra de otros séres inferiores á Dios, y por consiguiente que el mundo está destinado á un eterno tormento, á una degeneracion eterna, hasta que llegue el dia fatal en que se hunda como una piedra arrojada á un lago en los profundos abismos de la nada, cargada con las lágrimas de la humanidad y con las maldiciones de Dios. Así en la estrella errante, en el vapor del lago, en el aroma de la rosa, en el iris que forma la descomposicion de la luz, en el alba hermosísima, en la callada noche iluminada por la luna, en la gota de rocío suspendida á las hojas de los árboles, en las líneas del azul horizonte cuando se confunde con el mar en calma, en todos esos espectáculos tan hermosos de la creacion, veian como tentaciones de Satanás, como reclamos con que el

genio del mal queria llamar al espíritu para confundirlo y perderlo en la naturaleza.

Pero no se puede estudiar el gnosticismo, esta escuela, que bajo un aspecto parece una transaccion entre el espíritu cristiano y el espíritu antiguo, y bajo otro aspecto un extremo misticismo, que llega hasta caer en la negacion de la materia, sin unirlo antes al estudio é idea general de su época. En esta crisis del mundo, que nos hemos propuesto estudiar, crisis extraordinaria como no recuerdan los anales de la historia, se verificaba la trasfusión de la idea griega en el Oriente y del espíritu oriental en Occidente. Esta revolucion extrordinaria tiene tres grandes representantes: en la esfera religiosa el Cristianismo; en la esfera filosófica Alejandría; en la esfera política y práctica Roma. Pero es necesario ver cómo se unia, cómo se identificaba, cómo llegaba á una síntesis esa eterna antítesis del Oriente y del Occidente, escrita con sangre generosa en Marathon, en Platea, en Salamina, en el Gránico, en Trasimeno y en Cannas. Un dia la civilizacion griega llegó á su madurez, á su unidad. Sus luchas internas cesaron, perecieron sus repúblicas. Grecia parecia morir como nacion pero era para vivir como humanidad. Un hombre extraordinario se levantó entre tantas ruinas. Era hermoso como una estatua de Fidias; resplandecia en su mirar el reflejo de los mares y de los horizontes

de Grecia; llevaba en su aliento el perfume de la miel del Híbla; sonreía su imaginación como aquellas continuas fiestas celebradas en loor de los antiguos dioses; agitaba en sus manos á un tiempo la espada de los héroes, la lira de los poetas; reflejaba en su mente los rayos de la filosofía y del pensamiento de su patria; sentía en su corazón ese anhelo de lo desconocido, de lo maravilloso, que es como el llamamiento secreto de la Providencia á los hombres que han de cumplir altos fines; tenía un deseo infinito en el abismo de su corazón, que no podía llenarse ni con todo el mundo, y como la civilización griega, aquella civilización tan grande y tan hermosa se había aposentado en su seno, como había caído con todo vigor en su alma inmensa, en su alma varia y múltiple, á un tiempo ateniense y espartana, oriental y griega, Alejandro arroja sus escuadras al mar, pone el pié vencedor en el Asia, entra en sus templos, interroga á sus oráculos, esparce por los aires las cenizas de sus imperios, deja las huellas del hombre, y del hombre griego y del hombre libre, en el seno de la naturaleza esclava, de la creación sometida á la magia de los sacerdotes; llama á su alrededor las razas párias y les dá en las copas de sus festines á beber el licor de la verdadera vida, y con su soplo inmortal esparce en el Oriente misterioso y solitario el alma armoniosísima de la hermosa Grecia. Delante de este

hombre debemos detenernos, porque su palabra y su idea son una clave de la historia, una explicación de los siglos que van á sucederle. Al herir de su espada, las puertas de los templos giran sobre sus goznes y se abren y revelan sus misterios. Las razas encerradas en su soledad, iluminadas por el fulgor de aquel alma extraordinaria, toman el camino de Occidente y van llenando el aire con sus lágrimas y sus quejidos. Los sacerdotes huyen y dejan caer sobre la muchedumbre de los pueblos por donde pasan sus enigmas. Los libros sagrados del Oriente, aquellos libros que solo podían entender sus elegidos, sus sacerdotes, se abren al viento de la guerra que agita su hogar, y dejan caer sobre los pueblos profanos sus ideas y sus esperanzas. El negro velo que ocultaba á la antigua Isis, que la cubría entre sus pliegues, se rasga, y el filósofo griego con la antorcha en la mano se acerca á analizarlas y á comprender el secreto y el misterio de su vida.

No es solamente Grecia la que comprende el Oriente, es el Oriente mismo el que tiende á unirse á Grecia. Sus dos almas perdidas en los aires se unen, se confunden como el suspiro de dos amantes. La primera vez que se encuentran el espíritu científico de Oriente y el espíritu de Occidente luchán, aunque se encuentran en el lecho de sus amores, en Alejandría. El Oriente místico, severo, exaltado, austerísimo, no acierta á

comprender el lenguaje ligero, gracioso, elocuente, vario de la Grecia. El alma del Oriente perdida en el éxtasis, no se aviene con el alma indagatoria y activa de Grecia. Además, la razón de su lucha está más honda. Sus pueblos, los pueblos animados de su espíritu, se han visto en todos los campos de batalla, y han empapado con su sangre la tierra, y aún sus huesos blanquean en los desiertos como en testimonio de su eterno rencor, de su mútuo invencible odio. Los dioses griegos recuerdan que las espadas de los orientales muchas veces han llenado de luto el Olimpo, han interrumpido su eterna alegría. La lira griega tan ligera y armoniosa no quiere entregarse á las manos de aquellos sacerdotales tan austeros y tétricos. Los géneos hermosísimos de la Grecia, sus dioses coronados de verbena, sonrientes, se estremecen al ver los dioses orientales, las serpientes, los grifos, las esfinges con sus cuerpos informes, los cocodrilos, los elefantes, y se apartan temiendo perecer en las garras de sus eternos enemigos. Y así Grecia y el Oriente luchan y se resisten á reconciliarse, cuando Dios los empujaba á unir sus inteligencias, á identificar sus espíritus en un pensamiento comun.

Y puesto que estaba en las leyes de la historia y de la vida la union de Grecia con el Oriente, esta union habia de realizarse tarde ó temprano. La filosofía griega se dividia en tres grandes y

capitalísimas escuelas en esta edad que vamos historiando; la escuela platónica, la escuela aristotélica, la escuela estóica. Dios habia destinado el pensamiento de Aristóteles para Grecia. Esta filosofía positiva y práctica, esta filosofía de la experiencia llamaba á Grecia á su verdadero centro de gravedad, á la interpretacion de la naturaleza. Y así como la escuela aristotélica era muy especialmente para Grecia, la escuela estóica estaba muy especialmente destinada para Roma. La severidad de su carácter, la grandeza de sus principios, la elevacion de sus miras, la universalidad de su espíritu, hacian á la escuela estóica muy idónea para concertarse con el fin general de Roma y grabar en el espacio la idea de su derecho. Y así como la escuela aristotélica estaba destinada principalmente á Grecia, y la escuela estóica principalmente á Roma, la escuela platónica estaba destinada principalmente al mundo oriental. El espiritualismo de Platon; su mirada de águila que se perdía en el eterno sol de lo absoluto; el vuelo de su espíritu, que se cernia sobre la creacion; la idea que presentaba de la naturaleza cayendo como una eterna catarata del seno de Dios en los infinitos espacios; sus tipos de la verdad y de la hermosura y de la bondad, teología tan en consonancia con la base de las teogonías antiguas; su imágen del alma caída del cielo en la tierra como un reflejo de la eterna luz, como un

átomo de la eterna sustancia; su Dios levantándose sobre los soles y los mundos, sobre la naturaleza y el espíritu; sus genios, sus ángeles que llenan el espacio que media entre el Creador y la criatura; su logos, su eterna palabra, que da fuerza á la creacion, vida á todas las cosas; su amor inmenso y puro que llega hasta convertirse en misticismo; su contemplacion de Dios que raya en el éxtasis; su idea de la sustancia tan cercana al panteísmo espiritualista; su lenguaje iluminado, elocuentísimo; toda su vida, todo su genio, todo su espíritu debían herir el alma del Oriente.

En efecto, cuando el Oriente oía el lenguaje de aquel ángel, que semejaba un sacerdote huido de sus templos, le escuchaba estático cual si hubiera encontrado su propia alma, sus propias creencias entre las espesas tinieblas del paganismo. ¿Quién le habia enseñado á hablar de un Dios eterno, realidad perfecta de la hermosura, del bien y de la verdad? ¿Quién le habia revelado la esencia de toda verdad? ¿Quién le habia enseñado las legiones de ángeles descendiendo del cielo á sostener la tierra, á iluminar los astros, á llevar en sus alas á Dios el aroma de todas las cosas, el cántico de todos los seres? ¿Quién le habia dicho que el alma del hombre está desterrada en la tierra, que anda errante por un mundo que no es su mundo, y que toda su ciencia, toda su poesía, todas sus virtudes son como recuerdos de su eterna

patria, que se oculta en el cielo? El Oriente debia encontrar en Platon un reflejo de su genio, un eco de su palabra, un recuerdo de todas sus doctrinas. Y al mismo tiempo la escuela platónica, al encontrarse con las teogonías orientales, con sus grandes ideas sobre el Creador y la creacion, con su misticismo exaltado y estático, con sus esperanzas sobre otro mundo más hermoso y mejor, con sus pensamientos sobre la nada de esta vida, con sus aspiraciones á penetrar en el seno de Dios, á confundirse en su esencia, debia decir del Oriente lo que decia César: «Solo hay espacio para trabajar en el Asia.» Y así el platonismo y el Oriente formaban una nueva fase de la vida del espíritu.

Y de esta gran trasformacion necesitaba no solo el espíritu oriental, sino tambien el espíritu griego. La filosofía griega habia ido cayendo poco á poco en el puro positivismo. La vida práctica era toda su vida, la ley moral toda su ley. Cada dia habia cerrado más estrechamente el horizonte de sus indagaciones y de sus ideas. Ya no se levantaba como en otro tiempo á contemplar el cielo, ya no sentia ese amor infinito que habia sido como la esencia de su alma. Bien hallada en la tierra, se limitaba á conducir al hombre por el mundo práctico, á darle la ley para su vida de un dia. La base de toda ciencia se habia perdido, la metafísica. Pero apenas el espíritu oriental se acerca al espíritu griego para interrogarle y pe-

dirle la misteriosa clave de su ciencia, el espíritu griego se exalta, crece, y vuelve á entrar triunfante en la esfera de la metafísica, y vuelve á interrogar al genio del idealismo, á Platon. La misma escuela estoica que parecia bien hallada en el carácter positivo y práctico de la filosofía, rejuvenece al soplo de esta nueva vida, y puede bañar su idealidad de virtud y de ciencia en el dulce aroma de la verdad infinita, del sublime amor. Y así, entendedlo, señores, en toda esta época que vamos á historiar, las escuelas griegas callan y dejan hablar á su antiguo oráculo, á Platon. El aristotelismo abandona las indagaciones metafísicas y se guarece en el seno de las ciencias naturales. El estoicismo se refugia en el fondo del derecho romano y lo trasforma con su sávia. Pero todas las escuelas, en lo que no tienen de metafísicas, se enlazan con Platon, que las lleva al manantial de la verdadera vida, al seno misterioso del Oriente. La filosofía, pues, tendia al idealismo. Del seno de la naturaleza se levantaba al hombre, y del hombre á Dios. Thales, Sócrates y Platon representan toda esta admirable evolucion del pensamiento humano.

La conciencia universal tendia, como hemos dicho, al idealismo. El mundo conocia muy bien que iba á consumarse pronto, muy pronto, una revolucion religiosa. Y en esta revolucion religiosa trabajaban todos, unos con conciencia y

otros sin conciencia de su trabajo. La humanidad dejaba caer la espada de Roma tinta en sangre, la lira de Grecia rota de dolor, y fijaba sus ojos arrasados de lágrimas en el cielo. Conocia que en el seno de sus inmensos imperios, en el fondo de sus antiguas instituciones, en el ara de sus templos no se encontraba ya la vida, y ansiosa de respirar, y anhelante de una nueva luz, convertia su pensamiento al Oriente. El misticismo era la ley de todo este siglo, el carácter de toda esta edad. El hombre se sentia infeliz; una comun tiranía pesaba sobre todas las almas, una desgracia universal sobre todos los pueblos; las razas habian sido dispersas, los hogares profanados, las naciones borradas, los dioses de todos los cultos se hallaban poseidos de una tristeza infinita, nuncio de su muerte; los sacerdotes de todas las religiones antiguas buscaban en vano calor en las apagadas cenizas del sacrificio, la naturaleza se despojaba de sus divinidades como el árbol helado por el aterido invierno se desnuda de sus hojas, y un llanto universal, y un sollozo infinito se oia en todas partes; y en tal desolacion, y en tan intensa y amarguísima amargura, el hombre se refugiaba en el único asilo de su alma, en el único lenitivo á su dolor, en el seno del misticismo. Todo tiende al misticismo en esta época. El aristotélico compone, con las notas perdidas de los ecos de la naturaleza, un cántico á su dios; el estoico expli-

ca un sér universal que envuelve la vida como la atmósfera envuelve la tierra; el epicúreo quiere gustar un amor infinito, hasta un placer inexplicable, el placer que debe sentir la vida al animar todas las cosas; el pagano mismo anhela que sus dioses pierdan su antigua ligereza, su clásica alegría, y se conviertan en idea, en espíritu, en símbolos de moral; el mundo entero se deja llevar al misticismo, y Platon lo lleva como de la mano al eterno templo del misticismo, al Oriente. Pues bien, señores, la exaltacion de este misticismo, á un tiempo oriental, platónica y cristiana, es otro de los caractéres de las escuelas gnósticas.

Pero al mismo tiempo que el Occidente buscaba al Oriente por medio de sus filósofos, el Oriente buscaba el Occidente por medio de sus teólogos. El alto Oriente habia quedado perdido en la noche de sus misterios. El nuevo día que brillaba en los horizontes de la historia no habia podido penetrar las espesas paredes de su templo; y allí adoraba sus antiguos dioses en el instante mismo en que estos dioses habian perdido su vida y su espíritu. Por consiguiente, la India, recluida en su gigante naturaleza, no habia despertado de su eterno éxtasis, no habia salido de su místico arrobamiento. Pero así como el Occidente tenia en Grecia un intérprete, el Oriente tenia en Judea un oráculo. Al fin de la historia y de la vida oriental, el pueblo judío se levantaba á revelar al mundo los se-

cretos del Oriente. El pueblo judío habia recorrido con la cadena al pié todos los imperios orientales; probado con toda suerte de tribulaciones por su Dios, habia padecido el mal de la servidumbre en Babilonia, en Nínive, en la Caldea, en la Persia. Y si bien habia conservado su Dios en toda su pureza, con esa constancia que fué el secreto de su maravilloso destino, habia aprendido á conocer también la naturaleza de los pueblos, sus tiranos y sus enemigos. Además, el pueblo judío habia de heredar á todos los pueblos orientales, porque aparte de su carácter religioso y de las promesas del Eterno, era el pueblo más libre del Oriente, y la libertad es como la sal que purifica y conserva nuestra vida. No existía en el seno del judaismo esa teocracia absorbente, dominadora, que ocultaba sigilosamente á Dios en el fondo de su templo y la verdad en lo más oscuro y más recóndito de su conciencia; esa teocracia, que atenta á su dominacion temporal, consumía la existencia forjando cadenas, remachando hierros; no, no existía esa teocracia; allí, en los montes, en las plazas, entre las muchedumbres, nacian grandes profetas, tribunos de la verdad, que hablaban el lenguaje de la elocuencia, que protestaban contra las tiranías de los reyes, que presentaban como títulos de su doctrina y de su ciencia la inspiracion del espíritu divino, siempre pronto á centellear en la conciencia del virtuoso y del cumpli-

dor de sus mandatos. El espíritu de este pueblo, siempre trabajando sobre las ideas religiosas, debía elaborar un gran pensamiento que fuese como la síntesis del Oriente y el lazo de su union con Grecia.

El primer ensayo de union entre el espíritu oriental y el espíritu griego se personifica en Aristóbulo. Este filósofo conoce que la vida del Oriente necesita reunirse con Grecia, si el Oriente no ha de morir consumido al pié de sus altares. Y para unir el Oriente con Grecia, lejos de buscar una síntesis espiritual, trata de probar que un mismo espíritu ha animado la teología de los dos pueblos. La fusion entre el Oriente y Grecia no puede celebrarse en Aristóbulo. Era preciso que el anillo nupcial fuese bastante á unir los dos continentes en el espacio, las dos edades divorciadas en la historia. Y Aristóbulo quiere unir la escuela peripatética, positiva, práctica, en el espíritu mismo del Oriente. Mal podian avenirse el silogismo y la intuicion, el raciocinio y el éxtasis. La union era indispensable, y se habia de cumplir, porque estaba en la ley lógica y real de esa edad; pero la ley no podia cumplirse de ninguna suerte bajo esa fórmula. Era necesario buscar otra síntesis. El espíritu humano la encontrará, porque el espíritu humano tiene una vida inagotable.

Para dar la fórmula de la union, que á un tiempo mismo se verificaba en todas las esferas de la

vida, aparece Philon, de origen judío. El movimiento de la filosofía griega hácia el Oriente se realiza bajo los auspicios de Platon y el movimiento del Oriente hácia Grecia se realiza bajo los auspicios de Philon. Su alma toca en los misterios más sublimes y más augustos de la Biblia, y en las verdades más prácticas y positivas de la filosofía. A un tiempo reúne aquella exaltacion religiosa, sin la cual no era posible ser judío, y aquella sutileza de raciocinio, sin la cual no era posible ser griego. En Grecia parece uno de aquellos sacerdotes que reveló á Pitágoras las armonías encerradas en los números y las cadencias formadas en sus círculos por los astros; y en Jerusalem parece uno de aquellos filósofos que conversaban con Alejandro en el carro de sus triunfos y que le auxiliaban á sembrar la idea griega en el Oriente. Y este doble carácter se debe á que Philon es una de esas almas que permanecen idénticas siempre á sí mismas en toda la vida, y que habiendo oido á un tiempo las salmodias hebreas y los cánticos griegos, habiendo orado en las sinagogas y en los templos paganos, habiendo leído la Biblia y los libros de Platon, habiendo adorado aquel pueblo judío, que en medio del desierto habia levantado un santuario para su Dios, y aquel pueblo griego, que entre las olas del Mediterráneo habia levantado un templo de mármol para el hombre, indeciso entre estas dos doctri-

nas, entre estas dos grandes edades de la historia, como el espíritu de su siglo, quiso unir las, identificarlas en el seno de su alma, para formar de esta antítesis una como divina armonía.

El espíritu de Philon es primitivamente oriental. Dios llena todos los abismos de su alma. Dios es la palabra siempre fija en sus labios, Dios la idea siempre viva en su inteligencia, Dios el eterno amor de su corazón, Dios su vida; porque en Dios toma su luz el sol, su místico resplandor la luna, sus matices el cielo, sus rumores el Océano, su majestad la noche, su claridad el día, su movimiento todo lo que se mueve, la ley de su forma todo lo que vive, su existencia todo lo que es; porque Dios es más bueno que todo bien, más hermoso que toda hermosura, más verdadero que toda verdad, más sencillo que la unidad, más esencial que la esencia, más vívido que la vida, más real que el sér; porque Dios tiene por lejanos ecos de su palabra los vientos, por apagados reflejos de su gloria los mundos, por ténues emanaciones de su luz las ideas; porque Dios es el que es, y ninguna palabra podrá expresar su nombre inefable, y ningún espíritu llegar hasta su invisible é inarrable grandeza.

Y el conocimiento de Dios es para Philon el verdadero conocimiento, y la ciencia de Dios es la verdadera ciencia. Mas para alcanzar la ciencia divina sigue un procedimiento contrario al pro-

cedimiento griego, funda un axioma opuesto al axioma de Sócrates. El gran filósofo griego había dicho que el conocimiento de toda idea, de toda verdad, el conocimiento de Dios mismo está fundado en el conocimiento del alma, en el estudio del hombre y de su conciencia; pero el filósofo judío, ménos humano, más místico, cree que el alma no llegará nunca á la ciencia, que no comprenderá la verdad como no se niegue á sí misma, como no se pierda y aniquile por el éxtasis, por el arrobamiento, por la oración, por todo aquello que la lleve á su propio olvido. El orgullo que es la esencia del pecado, se levantará siempre como una niebla espesa entre la criatura y el Creador. El alma para presentarse ante Dios, para llegar hasta el conocimiento de su bondad, de su verdad, de su hermosura, debe, como los serafines, cubrirse, envolverse en sus alas, para que no le ciegue la luz de la eterna verdad, luz tan intensa que abrasa los ojos humanos.

Dios, según Philon, no ha podido revelarse á sí mismo y en su propia esencia. Para revelarse, para darse á conocer al hombre ha necesitado un intermediario, un revelador. Su eterna palabra, cayendo sobre el hombre, lo hubiera abrasado como el fuego del cielo abrasa á la pobre arista. Su esencia hubiera consumido nuestra esencia como la ardiente lava del volcán consume toda vegetación y toda vida. Su idea absoluta hubiera



estallado en el frágil vaso de nuestra pobre conciencia. Dios es irrevelable al hombre. Pero Dios tiene sabiduría, y la sabiduría de Dios puede revelarse al hombre. Y su sabiduría es su Verbo, sí, su Verbo, mediador entre el hombre y Dios, instrumento de su revelación, eco de su palabra, reflejo de su esencia, que dulcifica la eterna luz de Dios como la luna recogiendo en su disco los ardientes rayos del sol, los envía á la tierra más dulces, y más serenos, y más melancólicos, y más propios para que puedan bañarse en ellos los frágiles globos de nuestros pobres y empañados ojos; y por lo mismo que no está en la naturaleza de Dios, según Philon, revelarse en esencia, no está crear por su propia voluntad, por su propio esfuerzo, no es permitido aplicar á Dios esta palabra. El poder, la fuerza creadora de Dios, su virtud vivificante, no reside en sí mismo, no, reside en su Verbo. Así como el Verbo es poder, es también el Verbo vida. El Verbo no es Dios mismo, según Philon, no. Dios retirado en la soledad de su esencia, en el recóndito seno de su propia sustancia, quiso un día crear, y creó. Y su primera obra, su primogénito fué el Verbo. En el Verbo, primer esfuerzo de su amor, primer palabra de sus labios, puso todos sus dones, la sabiduría, que penetra hasta los últimos y más profundos abismos; el poder, que enfrena todos los elementos; la luz, que inunda todos los cielos; la fuerza, que

mantiene todos los astros; la vida, que puebla de seres todo el universo; el eterno, el infinito amor, que esparce y reparte y difunde por las venas de la creación; la vida, el soplo inmortal de que nacen todos los invisibles espíritus; el secreto, en una palabra, de todo sér, de todas sus creaciones.

Para crear Dios al hombre necesitaba un arquetipo. Todas las cosas que son en el mundo real, tienen un modelo en el mundo inteligible. Sin este modelo á que ajustarse, la creación no sería, como no sería la estatua sin la mente del artista, aunque el brazo diera con el cincel golpes en el mármol. Más allá de los cielos y de los astros se levanta ese mundo invisible, donde están en idea todos los modelos á que se han ajustado todos los seres. Allí tienen su ideal, su norma desde la estrella hasta la luciérnaga, desde el sol hasta la pobre esponja perdida en el limo de los mares. Pero este mundo ideal, este mundo arquetípico, este mundo-modelo, se halla contenido en la inteligencia del Verbo. Por eso el Verbo es el eterno artista de la naturaleza, el pintor que con su dedo ha teñido de rosa la aurora, de encendido carmin el sol, de desvanecido celeste los aires, de hermosos matices el iris, de variedad infinita de colores los campos; el músico, que ha enseñado á susurrar al arroyo, á bramar á las olas, á murmurar á los bosques, á gorgear á las aves; el arquitecto, que ha levantado las montañas, que ha hundido

los valles, que ha hecho las islas, que ha cortado los continentes, que ha colgado del cielo esas lámparas que se llaman estrellas; el escultor; que sin ningun cincel ha modelado esta eterna estatua, este tipo de la hermosura y de la fuerza, el cuerpo humano; el poeta, que para comentar todos estos colores, todos estos matices, todos estos reflejos, ha escrito un eterno poema, que se llama la imaginacion, la fantasía del hombre.

Dios, en sentir del filósofo judío, no podia crear el hombre á su semejanza. No es posible que esta pequeña frente se parezca al eterno pensamiento que todo lo abarca, ni estos ojos á la eterna luz que todo lo ilumina, ni esta vida de un día á esa eterna vida que todo lo fecunda, ni esta pobre organizacion á esa divina hermosura que todo lo forma y lo hermosea, ni en una palabra, este sér limitado, que apenas nace ya muere, á el sér absoluto é infinito que se asienta en los cielos sobre la cúspide de la creacion, sobre el Océano, donde se revuelven y chocan todas las existencias, perfecto é inmutable. Pero así como naturaleza no podia ser si no habia sobre ella un modelo eterno é invisible, el hombre no podia ser sin esos arquetipos á que ajustar su organizacion y su vida. El tipo del hombre es el Adán divino, engendrado en la eternidad, en el Verbo. En él está virtualmente la idea de la creacion; en él la norma de toda vida; en él los ejemplares de todas las cosas; en

él, en fin, el tipo, el ideal de nuestra organizacion y de nuestro espíritu. El hombre, pues, segun Philon, no fué hecho á semejanza de Dios, porque Dios no puede tener ni aun semejanza en la creacion; el hombre fué hecho á semejanza del Verbo, en el cual residen todas las virtudes que constituyen la naturaleza racional.

Pero si en la creacion no hay cosa que se parezca á Dios, la creacion y el hombre ¿estarán alejados de Dios? No, responde Philon. El mundo se comunica con Dios, el hombre tambien se comunica con Dios. El Eterno hizo de una materia más brillante, más trasparente, más hermosa que la naturaleza humana, los ángeles, sus emisarios. Los ángeles son como Verbos menores, incorporeales, que se extienden por toda la creacion á sostener sus criaturas. Si la flor exhala un aroma, es que lleva envuelto en su corola el suspiro de un ángel; si la estrella brilla en la soledad de la noche, es que un ángel la tiñe con su luz; si el ave vuela y se pierde gorgoando en los espacios, es que le impulsa un ángel; si el árbol susurra y mueve sus hojas, es que se posa un ángel sobre sus ramas; si todas las cosas creadas se mueven, son los ángeles los que llevan el compás de este movimiento y adelantan y retardan los mundos para que no se choquen y no desconcierten la armonía del universo. La comunicacion individual de Dios con el mundo se realiza por el intermedio